

Una buena entrada para una lectura crítica de la novela de Augusto Higa podría ser aquella que ofrece el lenguaje como imagen acústica. Las primeras páginas de la novela presentan un inicio brioso, veloz, tenso, dinámico si no en cuanto a movimiento físico, traslación, sí en cuanto a danza de palabras, espectáculo retórico. El mecanismo predominante en el logro de este resultado es el empleo de la sobrepoblación de adjetivos, muchas veces concurrentes, es decir, que retratan la misma porción de realidad aunque con diferente matiz. La impresión o efecto logrado es que el autor intenta agotar la realidad del objeto descrito. Se satura la imagen pero, lamentablemente, también se satura con imágenes.

En efecto, aquello que en adecuadas dosis es una virtud, llega a recargar el texto. El ritmo brioso deviene en sonsonete ya que la concatenación de adjetivos exige comas por doquier. La índole eminentemente descriptiva de muchas porciones del texto ofrece, de hecho, una cierta homogeneidad (por simetría, mayormente. Véase los inicios semejantes de varios de los capítulos que componen la obra) que a ratos cae bien pero a ratos aburre.

Las consecuencias de haber optado por esta estrategia que hace predominar la descripción, el retrato, la imagen, son muchas y muy importantes. La primera de ellas es que se forman estancos o compartimientos al interior del texto. De esta manera, la novela se convierte en una especie de "retablo" en el cual muchas veces el único nexo entre los elementos contenidos en él es la ubicación espacial y no un criterio argumental.

Lo que otorga, finalmente, unidad al texto es el barrio de El Porvenir. No hallamos ninguna de entre las líneas narrativas que se superponen (ya que no llegan a tejerse) que pueda sostener la historia. Más claramente, no existe hilo argumental que ensarte la colección de destinos individuales perdidos en un fondo sobre el cual sus personalidades contrastan nitidamente. Podría argumentarse que es el destino del barrio o el problema con el banco Popular, pero este barrio aparece como un ente atemporal al cual no afectan los avatares de sus moradores. ¿Por qué se da esta situación tan contraria a lo que aparenta ser el espíritu del relato? Creemos que se debe a la ausencia de engarce real (no eventual) entre las historias representadas en diversos niveles del "retablo". Quienes hemos tenido uno sabemos que el barrio es más que las casas o sus habitantes; es una suerte de comunión de intereses adquiridos por voluntad o forzadamente. El problema central (aunque no llegue a constituirse plenamente como tal se siente la intención) es tratado en su aspecto físico, ciertamente el más urgente más no por ello el único ni el más representativo de la unidad de un barrio, entre su gente.

La estrategia que parece repetir, capítulo a capítulo, Higa es construir un personaje o un ambiente y luego intentar darle movimiento, lo cual o no logra o logra débilmente a excepción de las peleas entre muchachos o aquellas que surgen cuando los habitantes del barrio intentan desalojar a los invasores del barrio. Debido a la elección de un lenguaje descriptivo, a un cuadro sucede otro, dejando la carga de

movilidad al paso entre cuadros; algo similar al teatro brechtiano. Lo que sucede (y no parece ser defecto sino consecuencia lógica de la disposición de recursos narrativos) es que existe una diferencia intrínseca entre ambos lenguajes (teatral y narrativo-novelsco) que opera este resultado. Este punto de la asunción de la poética brechtiana resulta por demás interesante pero por motivos de espacio lo dejamos indicado.

Existe, sí, un vínculo con otro arte y una concreta asimilación del lenguaje propio de éste; es la pintura. La descripción de Higa se aproxima a la técnica del impresionismo que consiste en superponer y/o yuxtaponer pinceladas de color hasta lograr el matiz deseado. Por eso es que Higa acumula adjetivos. Si bien el trabajo del "color" es impresionistas, el trabajo del contorno está muy lejano de esta escuela. Este se acerca a la estética del neorrealismo italiano (¿Recuerdan *Sucios, malos y feos* de Ettore Scola?) o a la del expresionismo pictórico. Léamos como "color" la elección del sintagma "adjetivo", como contorno los significantes de los lexemas elegidos al interior del sintagma.

Como señalamos hacia el inicio de esta reseña, la novela se abre con gran brío a partir de la descripción de un personaje (El tío Américo) y la presentación de su contexto y actividades. El segundo capítulo hace lo mismo con Johnny, luego le toca el turno al padre del narrador, luego los niños del barrio, luego Olinda Campana... etc. Repitiendo la entrada al texto no se logra otra cosa que no entrar, finalmente. Es por eso que recién se aligera el denso ritmo inicial hacia la mitad de la novela, que resulta ser mucho más fluida pero también menos intensa. Novelista de extremos, Higa logra grandes resultados en cada capítulo por separado. Cada uno de ellos sería un excelente relato, cerrado, con finales plenos de significación, lo que no sucede con el final de la novela. ¿Qué ha pasado? Se nos ocurre revisar *Dubliners*. Algo similar resulta del esfuerzo de Higa (estamos hablando de similitud de intención. Joyce es Joyce). Si a los personajes de Joyce los hiciésemos vivir en un mismo barrio y uniformásemos su clase social (claro, ya no serían *Dubliners* sino *Neighbors*) y los hiciésemos conversar un par de veces u observarse, podríamos tener una idea clara de la intención de Higa y de su logro. Pareciera que estamos, pues, ante un notable libro de relatos que unidos no logran formar una novela del mismo nivel pero que tampoco está lejana a las bondades de la buena literatura. Lo más encomiable de la novela de Higa es el monto de la apuesta. Algo similar intentó Borges en *El Aleph*. Cito: "mi principal problema al escribir el cuento residía en lo que Walt Whitman había enfrentado con éxito —el establecimiento de un limitado catálogo de cosas innumerables. Tal esfuerzo, como es evidente, resulta imposible porque tal caótica enumeración sólo puede ser simulada y cada aparentemente azaroso elemento tiene que ser ligado al próximo ya sea por secreta asociación o por contraste."

Quizá bajo la luz de esta declaración de Borges se pueda intentar aprehender lo que Higa pretende lograr. A nuestro entender no llega a plasmar con éxito su ambición pero el resultado es una novela que pone en evidencia la calidad de un escritor que, de seguro, no tendrá pierde en empresas menos arduas, no por ello menos importantes.

Carlos Manuel Arámbulo